

RENGLONES QUE DEJAN HUELLA

Cien años de Ariel

JORGE
ANDÚJAR



Con el pasar del tiempo pocos libros pueden salvarse de la picota del olvido. De estas obras selectas, muy pocas llegan a cumplir su primer centenario ameritando homenajes, coloquios, debates; y pueden ser releídos con la misma fragancia y deleite de su primera edición.

De estos libros privilegiados por la cultura y la memoria colectiva, for-

ma parte la pequeña, dulce y severa obra "Ariel" del escritor y pensador uruguayo José Enrique Rodó.

Ariel sale a la luz en el cabalístico año de 1900 -hace 100 años- y se apuntala pronto como un texto leído y consultado por los jóvenes latinoamericanos, irguiéndose como la "Biblia de las juventudes" de comienzos del siglo. En el Perú su influencia es notoria en la generación del 900, en los claustros universitarios de San Marcos y en la inteligencia nacional.

Rodó dedica su ensayo "A la juventud de América", cuanto él frisa los 27 años y pertenece a la juventud que invoca. Es un libro escrito por

un brillante joven para los jóvenes.

El nombre del libro lo toma del personaje de "La tempestad" de Shakespeare. Ariel es el espíritu noble, generoso, altruísta; personifica el imperio de la razón y el sentimiento sobre la irracionalidad. Su antípoda es "Calibán", ser calculador, utilitario, sensual y mezquino.

La lección puede resumirse así: Los latinoamericanos, por tradición, sangre y cultura debemos seguir al primero y huir del segundo, que según la tesis de Rodó, refleja en alguna forma la cultura anglosajona.

Ariel pertenece al género literario del ensayo. Contiene por ello una sólida

base doctrinal, aunque la estructura formal utilizada sea la de un extenso discurso de despedida del viejo y venerado maestro Próspero a sus discípulos, quien en la obra expone con erudición sus ideas sobre la cultura latina, la unidad continental, la creación de valor, la democracia, el destino de la cultura anglosajona y da consejos y guías a sus pupilos para mantener su actitud moral positiva y ser mejores hombres. Pero bien sabemos que quien habla por boca de aquel anciano, es el joven filósofo José Enrique Rodó. En verdad una de las cumbres en el pensamiento latinoamericano.